

Martes 8 de Agosto de 1905

## CRÓNICA DEL DIA

### Las gacetas de la conquista

De repente cortaron el aire sonos eléctricos de pifano.

Y la Corte corrió a la bañadura de la terraza para ver llegar la chusma, recogiendo para tripular las ocho gacetas, prosa a la Corona, acompañadas en su marcha por flautas pastoriles, cascadas, rufas, gacetas, mientas que vibraban como el rugir de una sea.

Fuercos por los hombres de armas como malhechores, los p-bres campesinos y madereros venían alados por el cuello los unos a los otros—ruidos de carne humana,—ilgadas las manos detrás de la espalda, desbarrajados, los pies en carne viva, siguien do leguas y leguas a sus guardias montados.

Después de sus miseria otra mayor todavía: las mujeres y los hijos, formando la corriente de una desgraciación, de un luto quilo, rebolándose en ruidos gritos contra la injusticia, mientras los viejos se arrastraban, quedando en la retaguardia, desahitados, implorando una limosna.

Kra la negra y perpetua orden de las amandadas reales, que un soldado del monarca mandaba arrastrar al arado, a las redes, para arrimar la flota escoria de galeotes.

(Qué impudencia la de la hidalgada o el hombre de armas, cuando el hijo de la aldea por fuerza para expulsar, y hasta para matar, el resistencia, el alcaide, el verdugo, el hijo de bre de armas, cuando el hijo de la aldea por fuerza para perturbar la vida pacífica y legítima de las gentes.)

Ya no había un justiciero, para ahorcar a los explotadores de la plebe, y que no era solo a los viciosos de sus lugares de la Sierra del Rey, a quienes se debía la merced de no empullar armas. Tanto impudencia la que se requiere de la Extremadura o del Este de España y de la queja encontrada en la corte, donde se oía la lamentación de los de las gentes, explotados por el castillo y por el convento, expuestas a las extorsiones de los grandes, huérfanos forzados, devoradores de sus arcas, violentados sus mujeres, manchando la honra y el contenido de sus arcas, y solo levantando el vuelo trágico después de asolado, caído a canal, por el huracán maldito.

Ahora... ni un rey a defenderlos el hogar, porque era el soberano el primero en exigir gentes apia, carga humana, vidas, saqueo—hasta para sus castillos.

Y los que no podían justar montones de oro para comprar el alcaide y los justos, eran arrastrados en el yugo y puestos en marcha con un lazo.

Han a pelar por los nobles—decían los aldeanos por no reafirmarse, se batían por la grandeza del reino, por la gloria del nombre portugués, por la conquista de nuevas tierras.

Los desgraciados oían con asombro, no comprendiendo qué para que el rey y los hidalgos tuviesen más tierras, fuesen ellos arrastrados a las suyas.

Otras veces pedían por sus chozas sombras de frailes, predican el dolor de morir por su tierra; tantos varones que hacían la apostrofa de los asesinos colectivos, la apostrofa de la guerra, de la destrucción y de la muerte.

No les correspondía pelar—decían de sí mismos.

La sociedad estaba dividida en tres clases: los que trabajaban, los que robaban y los que combatían.

Bien les bastaba batallar para mantener a los demás.

Y mientras la multitud productora y pacífica se desmenuaba en las profanaciones de fratricidio helado; en bravatas y vanidades de barbas, chris de las futuras victorias y de las copas de vino.

La guerra, para éstos, era el saqueo, la violación de castas bellas, el robo, el saqueo y el dolo. Cuando encontraban vicio y acatualos los hogares viciados, la tortura delatante al secreto, el saqueo, el saqueo, el saqueo y el dolo.

El único medio que les asaltaba en los campos de batalla era el de verse robados a su vez; y entonces, en un cuidado tembloroso de avers, se arrojaban a la batalla con brazos y piernas, cocían las monedas en las ropas, llenaban de poderías los cinturones, en la desconfianza de que durante los pillajes los camaradas, tan listos como ellos.

Y el más heroico era el que más había robado, el más glorioso el que traía de un solo saqueo bastante para gastar la vida entera.

M. GUYAU 20

## ESBOZO DE UNA MORAL

### SIN OBLIGACIÓN NI SANCION

Importa a la ciencia establecer la división exacta entre lo cierto y lo incierto, la moral como en los demás estudios. La civilización no ha impedido jamás la especulación, ni siquiera en el estudio, el conocimiento de los hechos reales a la aspiración ideal, la ciencia a la metafísica; el seguir, aumentando cuidadosamente en su granero las gavillas que el mismo ha recogido y cosechado, no ha impedido jamás al se abridor ir con la mano abierta, faja la mirada en la futura cosecha, arrojando al viento el presente, lo conocido, para ver germinar un porvenir que ignora y que espera.

### CAPITULO II

La más alta intención de la vida tiene por correlativo necesario un más larga expansión.

Existencia y vida, desde el punto de vista biológico, implica nutrición; por consiguiente, apropiación para el uso de las fuerzas de la naturaleza; la vida es una especie de gratificación sobre sí. Pero el ser necesita siempre acumular un exceso de fuerza hasta para tener lo necesario: el ahorro en la ley misma de la naturaleza.

En qué se convertirá este exceso de fuerza acumulada por todo ser sano, esta superabundancia que la naturaleza consi-

de lo alto de los castillos de donde se abren sobre el trabajo de los campesinos habían caído en Lisboa, como buitres al budo de la carne suoria.

Festaban de la obra, en la obra la noticia de la guerra, habiendo, jugando, soltando palabradas, trabajando rufas a fuerza de insultos, vapuleando mujeres, hiriendo gentes indefensas, ensayando los instintos de ferocidad por la civilización y el atrocinio de los hechos.

En la excitación de la embriaguez hacían voces de incógnitas palabras, estocaban, tan balanceando, a enemigos imaginarios, prometiendo, entre vomitos, pasmosos rasgos de heroísmo épico.

Compuesto el bando de aves carnívoras que habían de hartarse en los campos de batalla, fallaba la carne humana para alimentarlos de muertos, para que corriera la sangre con que se embriagaban los triunfadores, en el festín de la victoria.

(Arre, pue, multitud, pueblo, populacho, casaca, arre, adiante!)

Y a latigazos eran empujados aquellos a quienes retardaban el hambre, la sed, las lagunas de los pies; y a procesión de miseria, gimiendo, cojeando, seguía, verdadera turba de hambrientos, días y días arrastrados por malos caminos, romulando los destrozos de sus hogares despedazados; criaturas hambrientas, madres sin leche, niños que lloraban, con el brazo laborioso del hijo, el pan y el abrigo.

Al pasar debajo del arco de San Martín, que pueblo consumido a la justicia del D. Pedro clamó por la justicia del D. Pedro, cuando el hijo de la aldea por fuerza para expulsar, y hasta para matar, el resistencia, el alcaide, el verdugo, el hijo de bre de armas, cuando el hijo de la aldea por fuerza para perturbar la vida pacífica y legítima de las gentes.)

Ya no había un justiciero, para ahorcar a los explotadores de la plebe, y que no era solo a los viciosos de sus lugares de la Sierra del Rey, a quienes se debía la merced de no empullar armas. Tanto impudencia la que se requiere de la Extremadura o del Este de España y de la queja encontrada en la corte, donde se oía la lamentación de los de las gentes, explotados por el castillo y por el convento, expuestas a las extorsiones de los grandes, huérfanos forzados, devoradores de sus arcas, violentados sus mujeres, manchando la honra y el contenido de sus arcas, y solo levantando el vuelo trágico después de asolado, caído a canal, por el huracán maldito.

Ahora... ni un rey a defenderlos el hogar, porque era el soberano el primero en exigir gentes apia, carga humana, vidas, saqueo—hasta para sus castillos.

Y los que no podían justar montones de oro para comprar el alcaide y los justos, eran arrastrados en el yugo y puestos en marcha con un lazo.

Han a pelar por los nobles—decían los aldeanos por no reafirmarse, se batían por la grandeza del reino, por la gloria del nombre portugués, por la conquista de nuevas tierras.

Los desgraciados oían con asombro, no comprendiendo qué para que el rey y los hidalgos tuviesen más tierras, fuesen ellos arrastrados a las suyas.

Otras veces pedían por sus chozas sombras de frailes, predican el dolor de morir por su tierra; tantos varones que hacían la apostrofa de los asesinos colectivos, la apostrofa de la guerra, de la destrucción y de la muerte.

No les correspondía pelar—decían de sí mismos.

La sociedad estaba dividida en tres clases: los que trabajaban, los que robaban y los que combatían.

Bien les bastaba batallar para mantener a los demás.

Y mientras la multitud productora y pacífica se desmenuaba en las profanaciones de fratricidio helado; en bravatas y vanidades de barbas, chris de las futuras victorias y de las copas de vino.

La guerra, para éstos, era el saqueo, la violación de castas bellas, el robo, el saqueo y el dolo. Cuando encontraban vicio y acatualos los hogares viciados, la tortura delatante al secreto, el saqueo, el saqueo, el saqueo y el dolo.

El único medio que les asaltaba en los campos de batalla era el de verse robados a su vez; y entonces, en un cuidado tembloroso de avers, se arrojaban a la batalla con brazos y piernas, cocían las monedas en las ropas, llenaban de poderías los cinturones, en la desconfianza de que durante los pillajes los camaradas, tan listos como ellos.

Y el más heroico era el que más había robado, el más glorioso el que traía de un solo saqueo bastante para gastar la vida entera.

Existencia y vida, desde el punto de vista biológico, implica nutrición; por consiguiente, apropiación para el uso de las fuerzas de la naturaleza; la vida es una especie de gratificación sobre sí. Pero el ser necesita siempre acumular un exceso de fuerza hasta para tener lo necesario: el ahorro en la ley misma de la naturaleza.

En qué se convertirá este exceso de fuerza acumulada por todo ser sano, esta superabundancia que la naturaleza consi-

de lo alto de los castillos de donde se abren sobre el trabajo de los campesinos habían caído en Lisboa, como buitres al budo de la carne suoria.

Festaban de la obra, en la obra la noticia de la guerra, habiendo, jugando, soltando palabradas, trabajando rufas a fuerza de insultos, vapuleando mujeres, hiriendo gentes indefensas, ensayando los instintos de ferocidad por la civilización y el atrocinio de los hechos.

En la excitación de la embriaguez hacían voces de incógnitas palabras, estocaban, tan balanceando, a enemigos imaginarios, prometiendo, entre vomitos, pasmosos rasgos de heroísmo épico.

Compuesto el bando de aves carnívoras que habían de hartarse en los campos de batalla, fallaba la carne humana para alimentarlos de muertos, para que corriera la sangre con que se embriagaban los triunfadores, en el festín de la victoria.

(Arre, pue, multitud, pueblo, populacho, casaca, arre, adiante!)

Y a latigazos eran empujados aquellos a quienes retardaban el hambre, la sed, las lagunas de los pies; y a procesión de miseria, gimiendo, cojeando, seguía, verdadera turba de hambrientos, días y días arrastrados por malos caminos, romulando los destrozos de sus hogares despedazados; criaturas hambrientas, madres sin leche, niños que lloraban, con el brazo laborioso del hijo, el pan y el abrigo.

Al pasar debajo del arco de San Martín, que pueblo consumido a la justicia del D. Pedro clamó por la justicia del D. Pedro, cuando el hijo de la aldea por fuerza para expulsar, y hasta para matar, el resistencia, el alcaide, el verdugo, el hijo de bre de armas, cuando el hijo de la aldea por fuerza para perturbar la vida pacífica y legítima de las gentes.)

Ya no había un justiciero, para ahorcar a los explotadores de la plebe, y que no era solo a los viciosos de sus lugares de la Sierra del Rey, a quienes se debía la merced de no empullar armas. Tanto impudencia la que se requiere de la Extremadura o del Este de España y de la queja encontrada en la corte, donde se oía la lamentación de los de las gentes, explotados por el castillo y por el convento, expuestas a las extorsiones de los grandes, huérfanos forzados, devoradores de sus arcas, violentados sus mujeres, manchando la honra y el contenido de sus arcas, y solo levantando el vuelo trágico después de asolado, caído a canal, por el huracán maldito.

Ahora... ni un rey a defenderlos el hogar, porque era el soberano el primero en exigir gentes apia, carga humana, vidas, saqueo—hasta para sus castillos.

Y los que no podían justar montones de oro para comprar el alcaide y los justos, eran arrastrados en el yugo y puestos en marcha con un lazo.

Han a pelar por los nobles—decían los aldeanos por no reafirmarse, se batían por la grandeza del reino, por la gloria del nombre portugués, por la conquista de nuevas tierras.

Los desgraciados oían con asombro, no comprendiendo qué para que el rey y los hidalgos tuviesen más tierras, fuesen ellos arrastrados a las suyas.

Otras veces pedían por sus chozas sombras de frailes, predican el dolor de morir por su tierra; tantos varones que hacían la apostrofa de los asesinos colectivos, la apostrofa de la guerra, de la destrucción y de la muerte.

No les correspondía pelar—decían de sí mismos.

La sociedad estaba dividida en tres clases: los que trabajaban, los que robaban y los que combatían.

Bien les bastaba batallar para mantener a los demás.

Y mientras la multitud productora y pacífica se desmenuaba en las profanaciones de fratricidio helado; en bravatas y vanidades de barbas, chris de las futuras victorias y de las copas de vino.

La guerra, para éstos, era el saqueo, la violación de castas bellas, el robo, el saqueo y el dolo. Cuando encontraban vicio y acatualos los hogares viciados, la tortura delatante al secreto, el saqueo, el saqueo, el saqueo y el dolo.

El único medio que les asaltaba en los campos de batalla era el de verse robados a su vez; y entonces, en un cuidado tembloroso de avers, se arrojaban a la batalla con brazos y piernas, cocían las monedas en las ropas, llenaban de poderías los cinturones, en la desconfianza de que durante los pillajes los camaradas, tan listos como ellos.

Y el más heroico era el que más había robado, el más glorioso el que traía de un solo saqueo bastante para gastar la vida entera.

Existencia y vida, desde el punto de vista biológico, implica nutrición; por consiguiente, apropiación para el uso de las fuerzas de la naturaleza; la vida es una especie de gratificación sobre sí. Pero el ser necesita siempre acumular un exceso de fuerza hasta para tener lo necesario: el ahorro en la ley misma de la naturaleza.

En qué se convertirá este exceso de fuerza acumulada por todo ser sano, esta superabundancia que la naturaleza consi-

de lo alto de los castillos de donde se abren sobre el trabajo de los campesinos habían caído en Lisboa, como buitres al budo de la carne suoria.

Festaban de la obra, en la obra la noticia de la guerra, habiendo, jugando, soltando palabradas, trabajando rufas a fuerza de insultos, vapuleando mujeres, hiriendo gentes indefensas, ensayando los instintos de ferocidad por la civilización y el atrocinio de los hechos.

En la excitación de la embriaguez hacían voces de incógnitas palabras, estocaban, tan balanceando, a enemigos imaginarios, prometiendo, entre vomitos, pasmosos rasgos de heroísmo épico.

Compuesto el bando de aves carnívoras que habían de hartarse en los campos de batalla, fallaba la carne humana para alimentarlos de muertos, para que corriera la sangre con que se embriagaban los triunfadores, en el festín de la victoria.

(Arre, pue, multitud, pueblo, populacho, casaca, arre, adiante!)

Y a latigazos eran empujados aquellos a quienes retardaban el hambre, la sed, las lagunas de los pies; y a procesión de miseria, gimiendo, cojeando, seguía, verdadera turba de hambrientos, días y días arrastrados por malos caminos, romulando los destrozos de sus hogares despedazados; criaturas hambrientas, madres sin leche, niños que lloraban, con el brazo laborioso del hijo, el pan y el abrigo.

Al pasar debajo del arco de San Martín, que pueblo consumido a la justicia del D. Pedro clamó por la justicia del D. Pedro, cuando el hijo de la aldea por fuerza para expulsar, y hasta para matar, el resistencia, el alcaide, el verdugo, el hijo de bre de armas, cuando el hijo de la aldea por fuerza para perturbar la vida pacífica y legítima de las gentes.)

Ya no había un justiciero, para ahorcar a los explotadores de la plebe, y que no era solo a los viciosos de sus lugares de la Sierra del Rey, a quienes se debía la merced de no empullar armas. Tanto impudencia la que se requiere de la Extremadura o del Este de España y de la queja encontrada en la corte, donde se oía la lamentación de los de las gentes, explotados por el castillo y por el convento, expuestas a las extorsiones de los grandes, huérfanos forzados, devoradores de sus arcas, violentados sus mujeres, manchando la honra y el contenido de sus arcas, y solo levantando el vuelo trágico después de asolado, caído a canal, por el huracán maldito.

Ahora... ni un rey a defenderlos el hogar, porque era el soberano el primero en exigir gentes apia, carga humana, vidas, saqueo—hasta para sus castillos.

Y los que no podían justar montones de oro para comprar el alcaide y los justos, eran arrastrados en el yugo y puestos en marcha con un lazo.

Han a pelar por los nobles—decían los aldeanos por no reafirmarse, se batían por la grandeza del reino, por la gloria del nombre portugués, por la conquista de nuevas tierras.

Los desgraciados oían con asombro, no comprendiendo qué para que el rey y los hidalgos tuviesen más tierras, fuesen ellos arrastrados a las suyas.

Otras veces pedían por sus chozas sombras de frailes, predican el dolor de morir por su tierra; tantos varones que hacían la apostrofa de los asesinos colectivos, la apostrofa de la guerra, de la destrucción y de la muerte.

No les correspondía pelar—decían de sí mismos.

La sociedad estaba dividida en tres clases: los que trabajaban, los que robaban y los que combatían.

Bien les bastaba batallar para mantener a los demás.

Y mientras la multitud productora y pacífica se desmenuaba en las profanaciones de fratricidio helado; en bravatas y vanidades de barbas, chris de las futuras victorias y de las copas de vino.

La guerra, para éstos, era el saqueo, la violación de castas bellas, el robo, el saqueo y el dolo. Cuando encontraban vicio y acatualos los hogares viciados, la tortura delatante al secreto, el saqueo, el saqueo, el saqueo y el dolo.

El único medio que les asaltaba en los campos de batalla era el de verse robados a su vez; y entonces, en un cuidado tembloroso de avers, se arrojaban a la batalla con brazos y piernas, cocían las monedas en las ropas, llenaban de poderías los cinturones, en la desconfianza de que durante los pillajes los camaradas, tan listos como ellos.

Y el más heroico era el que más había robado, el más glorioso el que traía de un solo saqueo bastante para gastar la vida entera.

Existencia y vida, desde el punto de vista biológico, implica nutrición; por consiguiente, apropiación para el uso de las fuerzas de la naturaleza; la vida es una especie de gratificación sobre sí. Pero el ser necesita siempre acumular un exceso de fuerza hasta para tener lo necesario: el ahorro en la ley misma de la naturaleza.

En qué se convertirá este exceso de fuerza acumulada por todo ser sano, esta superabundancia que la naturaleza consi-

de lo alto de los castillos de donde se abren sobre el trabajo de los campesinos habían caído en Lisboa, como buitres al budo de la carne suoria.

Festaban de la obra, en la obra la noticia de la guerra, habiendo, jugando, soltando palabradas, trabajando rufas a fuerza de insultos, vapuleando mujeres, hiriendo gentes indefensas, ensayando los instintos de ferocidad por la civilización y el atrocinio de los hechos.

En la excitación de la embriaguez hacían voces de incógnitas palabras, estocaban, tan balanceando, a enemigos imaginarios, prometiendo, entre vomitos, pasmosos rasgos de heroísmo épico.

Compuesto el bando de aves carnívoras que habían de hartarse en los campos de batalla, fallaba la carne humana para alimentarlos de muertos, para que corriera la sangre con que se embriagaban los triunfadores, en el festín de la victoria.

(Arre, pue, multitud, pueblo, populacho, casaca, arre, adiante!)

Y a latigazos eran empujados aquellos a quienes retardaban el hambre, la sed, las lagunas de los pies; y a procesión de miseria, gimiendo, cojeando, seguía, verdadera turba de hambrientos, días y días arrastrados por malos caminos, romulando los destrozos de sus hogares despedazados; criaturas hambrientas, madres sin leche, niños que lloraban, con el brazo laborioso del hijo, el pan y el abrigo.

Al pasar debajo del arco de San Martín, que pueblo consumido a la justicia del D. Pedro clamó por la justicia del D. Pedro, cuando el hijo de la aldea por fuerza para expulsar, y hasta para matar, el resistencia, el alcaide, el verdugo, el hijo de bre de armas, cuando el hijo de la aldea por fuerza para perturbar la vida pacífica y legítima de las gentes.)

Ya no había un justiciero, para ahorcar a los explotadores de la plebe, y que no era solo a los viciosos de sus lugares de la Sierra del Rey, a quienes se debía la merced de no empullar armas. Tanto impudencia la que se requiere de la Extremadura o del Este de España y de la queja encontrada en la corte, donde se oía la lamentación de los de las gentes, explotados por el castillo y por el convento, expuestas a las extorsiones de los grandes, huérfanos forzados, devoradores de sus arcas, violentados sus mujeres, manchando la honra y el contenido de sus arcas, y solo levantando el vuelo trágico después de asolado, caído a canal, por el huracán maldito.

Ahora... ni un rey a defenderlos el hogar, porque era el soberano el primero en exigir gentes apia, carga humana, vidas, saqueo—hasta para sus castillos.

Y los que no podían justar montones de oro para comprar el alcaide y los justos, eran arrastrados en el yugo y puestos en marcha con un lazo.

Han a pelar por los nobles—decían los aldeanos por no reafirmarse, se batían por la grandeza del reino, por la gloria del nombre portugués, por la conquista de nuevas tierras.

Los desgraciados oían con asombro, no comprendiendo qué para que el rey y los hidalgos tuviesen más tierras, fuesen ellos arrastrados a las suyas.

Otras veces pedían por sus chozas sombras de frailes, predican el dolor de morir por su tierra; tantos varones que hacían la apostrofa de los asesinos colectivos, la apostrofa de la guerra, de la destrucción y de la muerte.

No les correspondía pelar—decían de sí mismos.

La sociedad estaba dividida en tres clases: los que trabajaban, los que robaban y los que combatían.

Bien les bastaba batallar para mantener a los demás.

Y mientras la multitud productora y pacífica se desmenuaba en las profanaciones de fratricidio helado; en bravatas y vanidades de barbas, chris de las futuras victorias y de las copas de vino.

La guerra, para éstos, era el saqueo, la violación de castas bellas, el robo, el saqueo y el dolo. Cuando encontraban vicio y acatualos los hogares viciados, la tortura delatante al secreto, el saqueo, el saqueo, el saqueo y el dolo.

El único medio que les asaltaba en los campos de batalla era el de verse robados a su vez; y entonces, en un cuidado tembloroso de avers, se arrojaban a la batalla con brazos y piernas, cocían las monedas en las ropas, llenaban de poderías los cinturones, en la desconfianza de que durante los pillajes los camaradas, tan listos como ellos.

## “La Tiranía del Frac...”

(CRÓNICA DE UN PRESO)

RECIBIDA POR ALBERTO GHIRALDO

ACABA DE APARECER

PRECIO 0.50 \* EN VENTA EN LA ADMINISTRACIÓN DE “LA PROTESTA”

CALLE CORDOBA NUM. 359

LOS COMPRADORES DE “LA PROTESTA” PUEDEN SOLICITAR EJEMPLARES

A LOS VENDEDORES DE DIARIOS

DE VENTA EN EL ROSARIO: E. G. MURUBA — ALVAREZ 100

Descuento a los vendedores: 20 olo. AL CONTADO

## LA ACCIÓN CONJUNTA

Buenos Aires, Año IX, Núm. 595

Las alarmas de los socialistas demócratas, han explotado con motivo de la

anunciada conjunción de fuerzas obreras

para actuar eficazmente en las luchas

económicas, que sus esfuerzos combina-

dos puedan mejor solucionar.

Entre el farrago de vulgaridades que

se aducen para combatir esa aproxima-

ción, encontramos tan sólo tres argumen-

tos que merezcan llamarse así: que ello

restaría fuerzas a la contienda electoral;

que con tal coalición, siquier fuesen mo-

mentáneas y accidental, concluirían los

obreros por plagarlos al anarquismo;

que se oponen a su realización los diver-

sos métodos de lucha adoptados por unos

y otros.

La primera causal aducida, es inocente

e incongruente. Si según lo declaran, la

acción electoral es secundaria, ¿cómo la

anteponen a urgentes necesidades de clase?

Es decir que con tal de no disminuir los

votos del partido, en cualquier forma co-

munit, bien pueden irse al diablo las

renovaciones obreras. Edificando.

La segunda razón, ya es de más peso

y, en tal terreno, reconocemos la justicia

de sus inquietudes. La unión obrera, re-

conocen ellos que sería la muerte del so-

cialismo legalitario, tanto como con-

ferir la superioridad de las doctrinas que

defendemos y profesamos, pues que se-

gún esa argumentación bastaría poner a

los obreros embaucados por la evolución

pacífica en contacto con los anarquistas,

para—que—además—las ideas de éstos.

Es la misma trileza de aquel socialista

suizo que al salir Kropotkin para diri-

girse a un centro libertario, le despidió

decidiéndole: «Ya no volveréis con nos-

otros».

Y por lo que toca a los distintos mé-

todos de lucha, es un argumento pueril.

No se trata de coordinar teorías, cuya

aplicación sea más o menos metódica, sino

de una fusión temporal, para el logro de

propósitos comunes: una coalición ocu-

cional. En esto nada tienen que ver las

diferentes tendencias doctrinarias. No es

una alianza anárquico-socialista, sino sim-

plemente una conjunción de las fuerzas

obreras, para alcanzar mejor o peor,

quitar derechos en que todos por igual

se interesan, lo que no obstará a que

cada uno mantenga incontinente su

ideal sociológico, una filitión socialista

puesto que se quiere hacer cuestión de

sectas.

En este sentido, constatamos un inme-

diato progreso de los anarquistas con

relación a los socialistas. Mientras éstos

permanecen encastillados en el criterio

estrecho, en el estrechamiento de sus

capilares, nosotros nos entregamos a

la acción emancipadora, en todos los

órdenes de nuestra actividad, sin pre-

guntar cuya es la iniciativa.

El doble gasto. También en las especies ani-

males, la fecundidad física parece decre-

cer con el desarrollo del cerebro. Los más gran-

des genios sólo han tenido generalmente

hijos menos que mediocres, cuya raza











